



ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

Padua. Ante la casa de Lucencio.

Entran por un lado BIONDELIO, LUCENCIO y BLANCA.
GREMIO paseando por el otro lado.

BION. Con sigilo y á prisa. El cura está dispuesto.

LUC. Volando, Biondelio, voy. Quizá hagas falta en casa; por lo tanto, déjanos.

BION. No á fe. Antes quiero veros en la iglesia, y luego, cuando pueda, iré á ver á mi amo. (Vanse Lucencio, Blanca y Biondelio.)

GRE. Extraordinario es que tarde Cambio
Tanto tiempo en llegar.

Entran PETRUCHIO, CATALINA, VICENCIO, GRUMIO
y acompañamiento.

PET. Señor, la puerta
Esta es de la casa de Lucencio;
La de mi suegro está junto al mercado,
Y allí voy; por lo tanto, me despido.

VIC. Antes de despedirnos es forzoso
Que aquí echemos un trago, y me parece
Que por mí se os dará la bienvenida.

Deben de fiesta estar por lo que veo. (Llama.)

GRE. Ocupados están. Llamad más fuerte.

Entra el DÓMINE, asomado á una ventana.

DÓM. ¿Quién es quien llama como si tratara de echar la puerta abajo?

VIC. ¿Está el señor Lucencio en casa?

DÓM. Sí, señor; pero no se le puede hablar.

VIC. ¿Y si fuera uno que le trajera ciento ó doscientas liras para divertirse?

DÓM. Guardaos vuestras doscientas liras. No le hacen falta ninguna mientras yo viva.

PET. Ya lo veis. Como os dije, vuestro hijo es muy estimado en Padua. Oídmeme, caballero. Dejémonos de bromas. Ruégoos que le digáis al señor Lucencio, que su padre, que acaba de llegar de Pisa, está á la puerta de su casa y que desea verle.

DÓM. Mentís. Su padre hace ya rato que llegó de Pisa, y está aquí asomado á esta ventana.

VIC. ¿Sois vos su padre?

DÓM. Sí, señor. Eso dice su madre, á quien debo creer.

PET. (Á Vicencio.) Vamos á ver, caballero. Es perfecta truhanería asumir ajeno nombre.

DÓM. Que prendan á ese tunante. Paréceme que trata de estafar á algún individuo de esta ciudad personificándome.

Vuelve á entrar BIONDELIO.

BION. (Aparte.) Juntos quedan en la iglesia. Dios los lleve á buen puerto. ¿Pero quién está aquí? ¡Mi viejo amo! ¡Estamos perdidos y arruinados!

VIC. Ven aquí, carne de patíbulo.

BION. Espero que lo sea á mi acomodo.

VIC. Ven aquí, bribón. ¿Te has olvidado de mí?

BION. ¿Olvidarme de vos? No, señor. No es posible que me haya olvidado de vos, porque en mi vida os he visto.

VIC. ¿Qué dices, grandísimo tunante! ¿No has visto nunca á Vicencio, el padre de tu amo?

BION. ¿Qué decís, anciano y respetabilísimo señor mío? Por supuesto que sí. Vedlo asomado á esa ventana.

VIC. ¿Conque sí? (Golpea á Biondelio.)

BION. ¡Favor, favor, favor! Es un loco que me quiere matar. (Vase.)

DÓM. ¡Favor, hijo mío! ¡Señor Batista, favor! (Quitándose de la ventana.)

PET. Catana, retirémonos y veamos el fin de este lance. (Se retiran.)

Entran el DÓMINE, BATISTA, TRANIO y SIRVIENTES.

TRA. Señor, ¿quién sois vos, que os atrevéis á golpear á mi criado?

VIC. ¿Qué quién soy yo? Vaya, ¿quién eres tú? ¡Dioses del Olimpo! ¡Ah! grandísimo bribón, ¡almilla de seda, calzas de terciopelo, capa encarnada y sombrero acopado! Perdido estoy, perdido. Mientras que, como buen esposo, vivo retirado en mi casa, mi hijo y mi criado derrochan en la Universidad.

TRA. Vamos á ver, ¿qué pasa?

BAT. ¿Este hombre está loco?

TRA. Caballero, por vuestro porte parecéis anciano sesudo y respetable; pero vuestras palabras os declaran demente. ¿Qué se os importa, señor mío, que gaste ó no gaste yo perlas y oro? Gracias á mi buen padre, tengo con qué.

VIC. Tu padre, canalla, cose velas en Bérghamo.

BAT. Os equivocáis, señor. Os equivocáis. ¿Cómo creéis se llama?

VIC. ¿Que cómo se llama? ¿Como si no supiera yo su nombre? Lo he criado desde que tenía tres años. Se llama Tranio.

DÓM. Fuera, fuera de aquí, demente imbécil, se llama Lucencio, y es único hijo mío, de Vicencio, y heredero de mis bienes.

VIC. ¡Lucencio! ¡Oh! ¡Ha asesinado á su amo! Prendedlo. Os lo requiero en el nombre del Dux. ¡Oh, hijo mío, hijo mío! Dime, villano, ¿dónde está mi hijo Lucencio?

TRA. Llama á un alguacil.

Entra un SIRVIENTE con un alguacil.

Llevaos á ese bribón demente á la cárcel. Batista, suegro mío, os ruego que arregléis su comparecencia á juicio.

VIC. ¡Llevarme á mí á la cárcel!

GRE. ¡Deteneos, alguacil! No le prendáis.

BAT. Callaos, Gremio. Digo que irá á la cárcel.

GRE. Cuidado, Batista, con que no estéis engañado en este negocio. Juraría que éste es el verdadero Vicencio

DÓM. Juradlo si os atrevéis.

GRE. No. A jurarlo no me atrevo.

TRA. Pues más vale que digáis de una vez que yo no soy Lucencio.

GRE. Eso no. Sé que vos sois Lucencio.

BAT. Llevaos á ese viejo chocho. A la cárcel con él.

VIC. ¿Así, pues, se lleva y trae y maltrata á los forasteros? ¡Oh infamia incomprensible!

Vuelve á entrar BIONDELIO con LUCENCIO y BLANCA.

BION. Estamos perdidos. Allí está, negadle, abjurad de él, ó todo está perdido.

LUC. Perdón, querido padre. (Arrodillándose.)

VIC. ¿Mi querido

Hijo vive? (Biondelio, Tranio y el Dómine huyen.)

BLAN. Perdón, amado padre. (Arrodillándose.)

BAT. ¿Qué has hecho tú? ¿Lucencio, dime, donde Se halla?

LUC. Ved al legítimo Lucencio,
Al hijo del legítimo Vicencio,
Que con la hija vuestra se ha casado,
Pues fuisteis con embrollos engañado.

GRE. Grosera intriga á fe, y hemos caído
En el garlito todos.

VIC. ¿Ese infame
Canalla Tranio, que con tanta audacia
Me insultó, dónde está?

BAT. Pero decidme,
¿Cambio no es éste?

BLAN. Se trocó en Lucencio.

LUC. Al amor achacad estos milagros.
Mí amor á Blanca á comutar me indujo
De condición con Tranio. Mi persona
Él en esta ciudad representaba,
Y, por fin, he llegado felizmente
De mi ventura al puerto deseado.
Lo que hizo Tranio, yo le induje á hacerlo;
Ruego le perdonéis, padre querido.

VIC. Cortaré las narices á ese infame,
Que meterme en la cárcel pretendía.

BAT. Pero, sepamos. ¿Os habéis casado

VIC. Con la hija mía sin pedir mi venia?
Batista, no temáis, que complacido
Sin duda quedaréis. Vamos adentro,
Porque quiero vengarme de esta infamia.

(Vase.)

BAT. Yo sondaré hasta el fin tan grande engaño.

(Vase.)

LUC. No palidezcas. Depondrá su ceño,
Blanca, tu padre.

(Vanse Lucencio y Blanca.)

GRE. No cocí mi torta.
Y la sola esperanza que me resta,
Es asistir, con otros, á la fiesta. (Vase.)

PETRUCHIO y CATALINA se adelantan.

CAT. Esposo mío, sigámoslos para ver el fin de este
enredo.

PET. Dame primero un beso, Catana.

CAT. ¡Cómo! ¿en medio de la calle?

PET. ¿Te avergüenzas de mí?

CAT. No. ¡Dios me libre! Pero me avergüenza besar
en ella.

PET. Pues, ¡vámonos á casa! Grumio, guía,

CAT. No. Toma un beso. Quédate, alma mía.

PET. ¡Qué bueno! ¿No? Catana, dulce prenda,
Tarde no fué jamás para la enmienda.

ESCENA II

Habitación en casa de Lucencio. Mesa preparada para un banquete.

Entran BATISTA, VICENCIO, GREMIO, el DÓMINE, LUCENCIO, BLANCA, PETRUCHIO, CATALINA, HORTENSIO, la VIUDA. TRANIO, BIONDELIO, GRUMIO y acompañamiento.

LUC. Ya por fin nuestras notas discortantes
Harmónicas resuenan; y ya es tiempo
De sonreír, al terminar la lucha,
Recordando escapadas y peligros.
A mi padre saluda, Blanca hermosa,
Mientras que yo saludo al padre tuyo.
Petruchio hermano, hermana Catalina,
Hortensio y vos, viuda encantadora,
Hasta hartaros comed, y bienvenidos;
Y después que comamos, que termine
El apetito nuestro con los postres.
Sentaos á la mesa, os lo suplico.
Durante la comida charlaremos.

(Se sientan á comer.)

PET. A la mesa, á la mesa, y come y come.
BAT. Yerno Petruchio, así se estila en Padua.
PET. Padua no da de si más que lo bueno.
HOR. En provecho de entrambos, yo quisiera
Que eso fuese verdad.
PET. ¡Por vida mía!
¿Es, Hortensio, medrosa tu viuda?
VIU. De nada tengo miedo, os lo aseguro.

- PET. Aunque discreta sois, mi pensamiento,
No obstante, se os veló. Decir quería
Si sois vos quien á Hortensio miedo infunde.
- VIU. Quien mareado está, piensa que el mundo
Vueltas da alrededor.
- PET. Rotundamente
Contestáis.
- CAT. ¿Qué queréis decir con eso?
- VIU. Lo que de él concebí.
- PET. ¡Que concebísteis!
¡Y de mí! Dime, Hortensio, si te agrada.
- HOR. Dice que tu intención ha concebido.
- PET. ¡Buena enmienda! Viuda, dadle un beso.
- CAT. «Quien mareado está, piensa que el mundo
Vueltas da alrededor.» Yo os suplicara
Que qué decís con eso se aclarase.
- VIU. Que estando vuestro esposo atormentado
Con una esposa de carácter fiero,
Nos mide á todas con igual rasero.
¿El sentido ya veis?
- CAT. Poco sentido
Y mordaz.
- VIU. Ciertamente, os aludía.
- CAT. Aun más que á mí mordaza os convendría.
- PET. Dale tú, mi Catana.
- HOR. Da, viuda.
- PET. A que la humilla mi Catana apuesto.
- HOR. Mi ministerio es ése.
- PET. Cual ministro
Hablaste ahora. ¡A tu salud, muchacho! (Bebe.)
- BAT. ¿Qué dice del ingenio de esta gente
Mi amigo Gremio?
- GRE. ¡A fe que bien cornean!
- BLAN. ¡Que cornean! Dirá gente ingeniosa

Que para el caso cuernos necesitan.

VIC. ¡Ah, novia! ¿Con que al fin te has despertado?

BLAN. Pero tranquila volveré á dormirme.

PET. De ningún modo, no. Pues principiaste,
Una ó dos bromas te diré primero.

BLAN. ¿Me pretendes cazar? Mudo de rama.
Cuando doblas el arco me escabullo...
Y pasado bien todos.

(Vanse Blanca, Catalina y Viuda.)

PET. Me lo impidió. Contempla, amigo Tranio,
Al ave que apuntaste y que marraste.
¡A la salud de todos los que marran!

TRA. Señor, tras ella me lanzó Lucencio,
Como si galgo fuera, que si corre,
Corre sólo en provecho de su amo.

PET. Es un chiste ligero, aunque perruno.

TRA. Vos cazasteis, señor, por cuenta propia;
Pero que os tiene á raya vuestra *sierva*
Dicen algunos.

BAT. ¡Ah, ja, ja! Petrucchio,
Ahora Tranio te dió.

LUC. Te doy las gracias
Por tu sátira, Tranio.

HOR. Vamos, vamos,
Confiesa que esta vez no ha errado el tiro.

PET. Me ha escocido un poquillo, lo confieso;
Pero la broma me tocó tan sólo
De refilón; por tanto, es muy probable
Que os haya herido á entrambos seriamente.

BAT. La verdad. Me parece, yerno mío,
Tu mujer la más díscola de todas.

PET. Pues yo digo que no. Para probarlo,

Mandémoslas venir. Aquél que logre
 Más rápida obediencia de su esposa
 Porque acuda al instante á su llamada,
 La apuesta ganará que convengamos.

HOR. Bien. ¿Qué se apostará?

LUC. Veinte coronas.

PET. ¡Veinte coronas! Eso apostaría
 Por mi halcón ó mi galgo. Veinte veces
 Lo que decís por mi mujer apuesto.

LUC. Pues van ciento.

HOR. Está bien.

PET. Pacto arreglado.

HOR. ¿Quién principia?

LUC. Pues yo. Vete Biondelio,

Y á tu señora di que venga á verme. (Vase.)

BAT. Yerno, déjame á medias ir contigo

Á que Blanca vendrá.

LUC. No quiero socios;
 Por mi cuenta, no más, la apuesta corre.

Vuelve á entrar BIONDELIO

¿Qué ocurre, di?

BIO. Señor, el ama dice
 Que está ocupada, y que venir no puede.

PET. ¿Qué no puede venir? ¿Qué está ocupada?
 ¿Y qué respuesta es ésa?

GRE. La respuesta
 Es bastante cortés. Rogad al cielo
 Que otra peor no os mande vuestra esposa.

PET. Yo la espero mejor.

HOR. Biondelio, anda
 Y ruega á mi mujer que venga al punto. (Vase.)

PET. ¡Oh! ¿le vais á rogar? Entonces viene.

HOR. Me temo que aunque hagas lo que hagás,
 Ni aun á tus ruegos cederá la tuya.

Vuelve á entrar BIONDELIO

- BIO. ¿Dónde está mi mujer?
 Que piensa, dice,
 Que entre manos tenéis alguna broma,
 Y que no viene; que vayáis á verla.
- PET. Va de mal en peor. ¿Venir no quiere?
 ¡Qué horror! ¡Intolerable, irresistible!
 Grumio, dile á tu ama que le ordeno
 Venir aquí. (Vase Grumio.)
- HOR. Conozco su respuesta.
- PET. ¿Y qué dirá?
- HOR. Que no le da la gana.
- PET. Peor para mí, y asunto concluído.
- BAT. ¡Bendita mi alma sea! ¡Catalina!

Vuelve á entrar CATALINA

- CAT. ¿Qué quieres que me llamas?
- PET. Dime, ¿dónde
 Están tu hermana y la mujer de Hortensio?
- CAT. Junto al fuego, en la sala, conversando.
- PET. Tráelas aquí. Si acaso se resisten,
 Á latigazos, sin piedad, las haces
 Reunirse desde luego á sus maridos.
 Vete, digo. Que vengan al momento.

(Vase Catalina.)

- LUC. Si hubo jamás milagros, este es uno.
- HOR. Es cierto; ¿qué será lo que esto augura?
- PET. Pues augura la paz, vida tranquila,
 El amor, el respeto necesario,

Supremacía justa, y en resumen,
Felicidad y goces infinitos.

BAT. Mereces ser dichoso, buen Petrucio;
Has ganado la apuesta, y á esa suma
Agregar quiero veinte mil coronas:
Nueva dote será para esa hija
Tan por completo en otra transformada.

PET. Con más razón ganar la apuesta quiero:
Pruebas de sumisión veréis mayores,
Y de obediencia; su virtud reciente.
Vedla con vuestras díscolas esposas
Á su elocuencia femenil atadas.

Vuelven á entrar CATALINA con BLANCA y la VIUDA.

No te va bien tu toca, Catalina;
Quítate ese arambel; tíralo al suelo.

(Catalina se quita la toca y la tira.)

VIU. ¡Eterno Dios, que empiecen mis desgracias
Cuando á tal necesidad me sometiere!

BLA. ¡Bah! ¿Quién vió tan estúpida obediencia?

LUC. Estúpida, ojalá, fuera la tuya.

Desde la cena, tu obediencia sabia
Me cuesta, hermosa Blanca, cien coronas.

BLA. Necio fuiste en contar con mi obediencia.

PET. Á estas locas mujeres, Catalina,
Diles, te lo suplico, lo que deben
Á sus dueños legítimos y esposos.

VIU. ¿Os burláis? Vamos, vamos, no queremos
Homilías.

PET. Avante te repito,

Y principia por ella.

VIU.

No lo aguanto.

PET.

Pues lo va á hacer. ¡Á principiar por ella!

CAT.

¡Bah, bah! Desarrugad el ceño ése
Tan amenazador, tan iracundo,
Y no lancéis miradas desdeñosas,
Hiriendo á vuestros reyes y señores.
Aja vuestra belleza cual la escarcha
Seca el verdor del prado, y arruina
Vuestro buen nombre, como el cierzo abate,
Al rebramar, lindísimos capullos;
Y además, no está bien ni os corresponde.
Iracunda mujer es, como fuente
Que corre turbulenta y enfangada,
Sin beldad, repelente y sin encantos;
Y estando así, ni el hombre más sediento
De ella una gota beberá siquiera.
Es vuestro esposo el amo, es vuestra vida,
Es vuestro guardián, es vuestro jefe,
Es el rey vuestro. Tiene que cuidaros
Y manteneros. Él su cuerpo expone
Á los riesgos del mar y de la tierra,
Y soporta de noche la borrasca,
Y la nevada al despuntar el día,
Mientras estáis junto al hogar vosotras,
Abrigadas y á salvo, y no pretende
Recibir de vosotras más tributo
Que vuestro amor, un rostro placentero
Y sincera obediencia. Poca cosa
Para pagarles deuda tan crecida.
Lo que á su rey le debe su vasallo,
Eso debe una esposa á su marido.
Si es díscola, iracunda, dura y acre,
¿En qué se diferencia del rebelde

Y del traidor hacia su rey querido?
 Avergüénzome yo de que debiendo
 La mujer suplicar la paz de hinojos,
 Necia, la guerra á proclamar aspire,
 Ó desee poder, supremacía,
 Y gobernar cuando servir le toca,
 Y amar y obedecer. ¿Por qué motivo
 Es nuestro cuerpo frágil, delicado,
 Para la lucha de la vida impropio,
 Sino porque es preciso que concuerden
 Con organización tan deleznable
 Carácter blando y corazón amable?
 ¡Venid, venid, gusanos impotentes!
 Mi alma fué tan altiva cual la vuestra,
 Tan audaz corazón también tenía,
 Y aun más atrevimiento que vosotras
 Para volver ofensa por ofensa,
 Y á un ceño contestar con otro ceño.
 Mas vi que son de caña nuestras lanzas;
 Debilidad tan sólo nuestros bríos;
 Y esa debilidad, incomparable,
 Pues mientras más aparecer ansiamos,
 Más débiles entonces nos mostramos.
 Deponed vuestro orgullo, que es forzoso
 El deponerlo siempre ante el esposo.
 Cumplid obligaciones sacrosantas;
 Las manos colocad bajo sus plantas.
 Cumpliendo este deber, mi mano yace
 Ahora á sus pies, si mi humildad le place.
 PET. ¡Vaya con la muchacha! Dame un beso.
 LUC. ¡Ah chiquillo, ganaste, lo confieso!
 VIC. Oír á un chico listo es agradable.
 LUC. Y á díscola mujer insoportable.
 PET. ¡Al lecho, pues, Catana! Tres casados

Somos aquí; mas dos apabullados.

(Á Lucencio.)

Gané la apuesta, aunque en el blanco diste.
Buenas noches. Petruchio, tú venciste.

Hor.

¡Anda! Domaste á formidable fiera.

Luc.

¡Raro que en ser domada consintiera!

FIN DE LA FIERA DOMADA